

CAPITULO VI.

DONDE VERA EL LECTOR POR SUS PROPIOS OJOS COMO SE
CONFECCIONAN LOS PASTELES DIPLOMATICO.

I.

En la calle de Vergara, y à corta distancia del Teatro Nacional, en un edificio de todo lujo, estaba la "legación francesa."

Dos piezas tenía la casa, que encerraban lo más interesante de la oficina diplomática.

En una estaban los expedientes de las "reclamaciones" contra México, y en la otra los "caldos" que servían al uso y costumbre de S. E.

Dubois de Saligny, conde y ministro plenipotenciario de S. M. Napoleón III.

Paseábase el hombre de Estado con una satisfacción salvaje y una agitación febril.

La agitación se explicaba fácilmente: el señor conde acababa de dejar la mesa.

La campana anunció que llegaba alguna persona.

Saligny se entró en la antesala á recibir al personaje que se dejó ver haciendo genuflexiones y caravanas.

--Pasad, Borel, tenemos nucho que arreglar.

--Según eso S. E. ha recibido ya la correspondencia.

--Precisamente.

En aquellos momentos se presentó el emisario que el lector ha visto en la galería de la cámara el 15 de Julio.

Saligny dió orden á su servidumbre de que no se le interrumpiese bajo ningún pretexto, y se encerró en la sala con sus dos amigos.

Los tres personajes aceptaron para su conversación la lengua francesa.

--Caballeros, dijo el ministro, el golpe está dado; la ley de

suspensión de pagos ha hecho su efecto; la "intervención" es cosa decidida.

Los interlocutores de Saligny se sorprendieron con la noticia.

--Los gobiernos de España é Inglaterra han tomado carta en el negocio. La España, con su vivesa de carácter, ha llevado hasta un extremo increíble este asunto: ha llegado á ofrecer la monarquía mexicana á Don Juan de Borbón.

--Ese hombre es la pesadilla del trono.

--No importa; repuso Saligny, ya está en la liga lo mismo que la sesuda Inglaterra, donde la ley ha conmovido los libros de caja.

--¿Qué dicen nuestros enviados?

--Han pagado la prensa, que ya se desata terrible contra México.

El francés Borel observó que los escritores se hacían pagar muy alto.

--No importa, dijo el emisario, los millones de Jecker y los de otras reclamaciones, dan para comprar cuantas plumas se necesiten.

--La fiebre, dijo el ministro, ha invadido á la prensa, ya no es negocio nuestro, se ha vuelto de interés público.

--¿Qué hay de España?

--En casa de la Montijo se ha introducido nuestro agente mexicano y trabaja con un éxito admirable.

---Ahí está el hilo que va á dar las Tullerías. ¿A la Francia?

--Hay personas que están cerca de las gradas del trono, que ven acercarse el momento de recibir cantidades inmensas.

--¿Y la Inglaterra?

--A esa le basta con los intereses que ya tenía de antemano, y no perderá un "chelin" en la cuestión; se abonará hasta las notas diplomáticas.

--Temo, dijo el emisario que tratándose de ese cuestión insignificante, la Francia ajuste algún convenio con México.

Caballero, repuso picado Saligny, quitémonos la careta de hoy para siempre; la Francia no aparecía en nada la deuda miserable de las convenciones, va más allá en su pensamiento; quiere dar el golpe de muerte al coloso americano que se destrosa en su gigante guerra civil; necesita apoderarse de México como punto de apoyo, y arrastrar en su empresa á la Europa entera.

El emisario se refugió en un silencio terrible; comenzaba á ver claro y le remordía la conciencia al servir por dinero al extranjero para la venta de su patria.

El ministro continuó con más entusiasmo.

--Gabriac, Almonte y Mon han sido recibidos por el emperador; una convención se ajustará en Inglaterra, y las escua-

33571

dras aliadas emprenderán bien pronto su marcha para México.

—En mi correspondencia, dijo Borel, me avisan que la España ha enviado ya instrucciones á Serrano, capitán general de la Isla de Cuba, para el arreglo de su contingente; temo que abarque la empresa como suya y nos deje fuera del cuadro.

—Oiga usted dijo Saligny, lo que dice un periódico oficial de Madrid después de consignar la noticia de que la escuadra española se ha detenido hasta el completo acuerdo de la convención.

Saligny tomó un periódico de su bufete, y leyó en voz alta el siguiente párrafo de un diario publicado en la Península.

“No es esta cuestión de partido, sino de honra nacional; y la prensa entera aplaudirá sin duda cuando sepa que los “leones” de Castilla se unen á las “águilas” francesas á los “leopardos” británicos, para la hermosa misión de llevar á nuestros hermanos de América la calma, la tranquilidad, el orden, la buena y honrada administración de que por tanto tiempo se han visto desposeídos.”

—La España sola dijo el emisario, se estrellaría en América; necesita el apoyo europeo, y creo que el arrojar candidaturas y hablar de monarquía es una imprudencia.

—En Francia dijo Saligny, se habla de Petterson para la monarquía mexicana.

—¿Y quién es ese Petterson?

—Un hijo de Gerónimo Bonaparte.

—Quiera Dios, dijo el emisario, que no sigan las postulaciones, porque la lista va siendo larga y desprestigiada.

—Dejemos delirar á la prensa, que ni las naciones signatarias podrán asegurar el fin de la expedición, según los acontecimientos que deben irse desarrollando.

—Concretémonos, dijo Borel; á nuestros trabajos; yo desearía que algún acontecimiento viniese á poner de peor condición este negocio para México.

—Las notas que he dirigido al gobierno son duras, y su lenguaje es ajeno de la diplomacia; el ministro inglés ha seguido la misma conducta: hemos provocado una raptura violenta, suspendiendo las relaciones y exigiendo la pronta derogación de esa ley.

—El gobierno mexicano, dijo el agente, insistirá en ello, lo ha vuelto punto de honor nacional.

—El ministro de Relaciones cayó en el garlito cuando nos habló sobre el proyecto de hacernos creer en que era un asunto arreglado, y hoy se encuentra en una situación excepcional.

—Insisto, dijo Borel, en que se necesita un escándalo, algo que lleve más y más á un buen terreno este asunto. Hace po-

cos días inventé el pretendido “asesinato,” y la noticia á causado profunda sensación en Europa; esto ha dado lugar á que se crea que México es un país de asesinos, y se considera como urgente la necesidad de establecer un nuevo orden de cosas.

—Ya tengo pensado otro Golpe de Estado, amigo mío, y no pasa de esta noche; entretanto, demos instrucciones á Vandeneli, que se halla en Madrid, para que agite sin cesar el partido intervencionista.

Levantáronse Borel y su compañero para retirarse.

—Os necesito, dijo Saligny á Borel, y tendió la mano al emisario que abandonó la casa de la legación.

—Acompañadme’ dijo, esta noche del paseo de Todos Santos en la Plaza; y tomando su sombrero dió el brazo á Borel, y se dirigieron al “Zócalo” después de refrescar las fauces con un excelente vino de Jamaica.

II

En la Plaza Mayor se levanta una gigante tienda de campaña sobre el zócalo del centro, formando un salón hermosísimo que sirve de punto de reunión á una elegante sociedad las noches de “Todos Santos y Muertos.”

En las vigas que sirven de apoyo á la tienda, colocan lámparas, y de la cúspide cuelga otra lámpara de luces resplandecientes alumbrando las mil flores de la pirámide que se alza en el centro del zócalo.

En todo el perímetro se colocan multitud de asientos que se llenan instantáneamente.

Media entre la circunferencia y la pirámide una zona amplia para el paseo.

Jóvenes elegantes y hermosas comienzan á girar en torno de las flores y de las luces, como las huríes al atravesar uno de los siete cielos del profeta.

En las vías de la Plaza, que afluyen al zócalo como los ródios de una estrella, se improvisan tiendas de dulces, y allí se hace una venta considerable.

Todo paseante está en la obligación de obsequiar á su pareja, y los regalos están á la orden de la noche.

La entrada al salón es de paga, así es que las otras calles donde el paseo es gratis, las ocupan las familias pobres, los enamorados en quiebra, y los colegiales cuyos fondos no están á la altura de los precios fijados á los billetes de entrada,

III.

En uno de los banquillos de la Plaza, había un grupo de señoras acompañadas de dos estudiantes de medicina.

—Crea usted, señorita, decía la voz conocida de Felipe Cuevas, que á usted le debo tener fracturada la cuarta costilla del lado izquierdo.

—Yo lo siento mucho, pero no he tenido la culpa.

—Ya, quien la tiene soy yo que me dejé dar el palo.

—La casual fué, observó González, que cayese tan la muleta que.....?

—Que me hizo ver el cometa respondió vivamente Felipe Cuevas.

—Isabelita, dijo González, la observo á usted de buen humor esta noche.

—Ya tenía gana de reírme; he pasado un mes tan acaoz, que si no hubiera sido por su hermana de usted, mi buena amiga Loreto, me estaría muriendo de tristeza.

—Te agradezco la galantería, respondió la jóven que acompañaba á Isabel.

—Gon tu amistad he olvidado más recuerdos que son bien amargos,

—Soplal murmuró Felipe.

Acercóse un dulcero al banquillo ofreciendo unos alcataces á las muchachas.

Felipe Cuevas, que no tenía un centavo, sintió que le daban un golpe eléctrico.

—No tomamos nada, dijo Isabel.

Felipe Cuevas respiró.

—Algo me han de tomar las señoritas, insistió el dulcero.

Felipe comenzó á sudar como si estuviera en Yucatán.

El dulcero no se retiraba.

Loreto, conociendo lo crítico del lance, dijo con enfado:

—Retírese usted, ya le hemos dicho que nada deseamos.

El dulcero se alejó y Felipe Cuevas sintió un fresco tan agradable como si lo sumergieran en la alberca de Chapultepec

Después dijo con el mayor desearo del mundo:

—Me han desairado, está bien; no lo esperaba de usted.

—No sea usted susceptible, respondió Isabel; además que sobran dulces y tiempos para comprarlos.

Felipe Cuevas se rascó una oreja.

De repente la joven lanzó un grito de sorpresa.

Acababa de ver á D. Fernando con una señorita resplandiente de belleza y elegancia, que tomaba rumbo al salón.

—Qué pasa? preguntó Felipe.

—Nada, que estoy indispuesta.

—Quiere usted que la lleve á su casa?

—Precisamente se lo iba á suplicar.

—Vámonos, dijo Loreto.

Y tomando el brazo de su amiga, tiraron á andar rumbo á las calles del Cármen.

—Me he salvado en una tabla! dijo el estudiante sacudiendo los dedos; y siguió á las jóvenes en su camino.

IV.

Don Fernando llevaba del brazo á la señorita Eloisa Mons, su prometida.

Eloisa era una de aquellas hermosuras veladas siempre por una nube de espiritualismo encantador.

Un cutis trasparente como las hojas de la azucena; una mirada intensa, apacible, de sensación; la frente de marfil purísima, la nariz recta y los labios entreabiertos, dejando ver la blancura transparente de unos dientes diminutos como uno de esos juguetes exquisitos de la manufactura china.

Eloisa llevada una "kabila" que envolvía aquel cuerpo majestuoso, que ondulaba como el arbusto al soplo de las brisas primaverales.

Penetró en el salón aquella magnífica pareja.

Levantóse en toda aquella concurrencia un murmullo.

Eloisa no tenía rival en el mundo elegante.

La luz artificial levantaba su belleza á un grado extraordinario.

La conquista de Don Fernando tenía tanto mérito como la de Granada.

Los hombres todos le envidiaban rindiendo un justo homenaje á la hermosura de Eloisa, y las señoras confesaban que los atractivos de la joven eran punto menos que irresistibles.

Mondoñedo, que se hallaba en un grupo de jóvenes de la aristocracia, no pudo contener un arranque cómico, y dijo casi en voz alta aquel verso de Bermúdez de Castro:

Como la luna en el coro
De las pálidas estrellas,
En la patria de las bellas,
Te llamaban reina á tít

—¡Es encantadora! exclamó Don Luis; es necesario convenir en que el conde es hombre de mucho gusto.

—Sí, repuso Carlos; además, que la señorita Mons tiene un dote de medio millón de pesos, con cuyo apéndice es un buen partido para matrimonio.

—¿Se casará el conde? interrogó Mondoñedo.

—Como que está apasionado profundamente de Eloisa.

—Ella por su parte, dijo Carlos, ama con delirio á Fernando.

—Ya tengo, dijo para sí el estudiante, algo que contarle á Rosa, ávida de cuanto pasa en el gran mundo.

—Vea usted, algo pasa, dijo Don Luis, allí se forma un círculo de gente; acerquémonos.

—Sí, véamos, repuso con ansiedad Mondoñedo.

Acercáronse los tres amigos al grupo de curiosos, y presenciaron el espectáculo grotesco dado por el ministro francés.

S. E. había tomado rom de Jamaica para darse valor.

Se trataba de provocar un lance que pasase como un atentado al ministro de Napoleón III.

Saligny, atarantado por los espíritus del alcohol, y excitado por su intención perversa, comenzó en voz alta á injuriar á México y á los mexicanos.

Era ya mucho el descaro del ministro en sus ultrajes.

Un joven se acercó á Saligny haciéndole una recomendación por falta de sociedad.

El ministro redobló sus insultos hasta enardecer al joven, que lo tomó por la solapa de la casaca y lo arrojó á dos varas de distancia.

—He aquí mi "negocio," murmuró Saligny; y levantando la voz dijo que se había atentado contra su persona é inmunidad diplomática.

La policía intervino, y M. de Saligny abandonó el paseo, agravando con su conducta ruin el conflicto que existía entre México y las naciones europeas.

La sociedad todo levantó un grito de indignación contra aquel miserable, comprendiendo que había algo tras aquella conducta inexplicable.

El agente de la intervención, que iba del brazo de Saligny, le dijo cuando estuvieron fuera del recinto de la plaza:

—No en vano S. M. Napoleón os ha enviado á la Legación de México, sois todo un diplomático.

—Yo le cobraré á la casa de Jecker el estrujón que he llevado, respondió el Ministro: y se marchó á la Legación á dormir el sueño del.....justo.



CAPITULO VII.

DE LO QUE EL VULGO Y LOS PERITOS EN LA MATERIA
LLAMAN "CRÓNICA ESCANDALOSA."

I.

Allá en los tiempos de la dominación española, cuando cada propietario era un señor feudal que disponía de las viudas y haciendas de sus vasallos, queremos decir, sus jornaleros, uno de los primitivos Condes del Jaral había establecido su bajalato en las hermosas haciendas que desde entonces llevan el nombre de familia.

El susodicho bajalato, en honor de la verdad, no estaba montado á la usanza de aquellos tiempos en materia de tiranía, y los trabajadores gozaban de amplia libertad, los mayordomos del derecho de hacerce solos las cuentas, y las aldeanas del de ser requebradas por el señor de aquellos dominios.

Aconteció una vez que el señor Conde venía de recorrer uno de sus campos, cuando acosado por los calores se detuvo á la puerta de una casuca que todavía se conserva en la hacienda del Jaral.

—Muchacha, un vaso de refresco, gritó la voz sonora del Conde.

Como por aquellos terrenos la hospitalidad es la virtud más dominante, una preciosa aldeana, fresca como una rosa de Castilla, salió de las piezas interiores con un vaso de "colonche."

El "colonche" es un licor sacado de la "tuna cardona," tiene un color de granate hermosísimo y sólo á su vista se despierta un deseo inmenso de apurarle.

Cierto es que á los que no están acostumbrados á aquella bebida fermentada les produce un dolor espantoso de cabeza, pero aquello es el "noviciado," por el que han pasado los que

hoy se jactan de ser los más ardientes adoradores del "colonche."

Decíamos que la muchacha, que era linda como una perla, salió apresuradamente á dar de beber al "cristiano."

—Venga el vaso, dijo el conde fijándose demasiado en aquella samaritana.

La muchacha levantó la vista, reconoció al señor feudal y trastornose de tal manera, que el cristal se deslizó de su mano y cayó al suelo haciéndose pedazos y derramando en la tierra el puro y fresquísimo "colonche."

No cuenta la historia si el señor conde insistió en refrescarse; lo cierto es que en el testamento apareció un legado de tierras y numerario á Don Juan de Moncada, que á su vez le dejó á su único hijo Don Fernando.

II.

El nieto del Conde del Jaral era un arrogante mancebo de treinta y dos años, alto, bien formado.

Llevaba toda la barba, negra como el ébano, y su cabello tirado hacía atrás dejaba ver una frente despejada.

La mirada era audaz y sus movimientos todos revelaban al elegante sin pretensión.

En la fisonomía de Don Fernando se marcaba de una manera precisa al hombre que habia atravesado por las borrascas de la vida y perdido el corazón en las aventuras.

Don Fernando se habia educado en Europa, no habia recibido de los labios de una madre esas palabras santas de ternura que determinan los sentimientos del alma.

Entregado á la ruda existencia del educando, habia aprendido mucho, todo lo que se puede saber en las aulas, pero le faltaba á su capacidad ese rayo de cisma que alumbró al corazón en las vicisitudes y que encamina el saber del hombre al bien y á la filosofía; le faltaba el sentimiento religioso.

El nieto del Conde poseía en alto grado la ciencia militar, habia servido en el ejército francés.

Comenzó á batirse contra los republicanos en 848, y tomó á sus banderas el día del "golpe de Estado," metamorfosis del Presidente de una República en tercer vástago de la familia de un usurpador.

Fastidiado de la carrera militar y ya con la cruz de la Legión de Honor y las condecoraciones de Sebastopol, se retiró á vivir á París, llevando una existencia sumergida en el mar muerto de las pasiones.

El nieto del Conde sabía que la "intervención" se preparaba en Europa, y queriendo volver á la casa solariega, para gozar del brillo de una monarquía, con sus antecedentes de nobleza, regresó á su patria para asistir á la restauración monárquica y vestirse del esplendor que ambicionaba en su profundo hastío de la existencia.

Estaba en contacto con los principales agentes de la intervención en Europa, y venía como emisario á ponerse de acuerdo con la reacción en América.

Don Fernando fué aceptado en la buena sociedad aunque mal visto en el fondo; porque la sociedad mexicana, sean cuales fueren los principios políticos y creencia religiosas más ó menos exajeradas, conserva un fondo de moralidad y hasta cierto punto de pureza en las costumbres, quizás porque la ilustración no ha echado muchas raíces en nuestro suelo.

III.

Don Fernando, como todos los hombres ricos y despilarrados, tenía un gran círculo de amigos inseparables.

Los más predilectos eran Carlos y Luis, que le servían de lacayos en sus calaveradas.

La misma noche en que la hija de Torre-Mellada habia sido extraída por su voluntad de la casa paterna, Mondoñedo daba una cena á Don Fernando y á sus colegas.

La invitación se habia reservado para después del teatro, y ya los cuatros amigos estaban á la mesa cuando apenas habian dado las doce de la noche.

El estudiante habia sufrido una completa variación.

Los harapos del sopista se habian trocado por magníficos trajes hechos por el acreditado español Rafael Salín, rey de los sastres habidos y por haber.

Cierto es que el estudiante habia pasado su momento de mortificación; porque al presentarse en la famosa sastretería con su raído traje, le preguntaron si conservaba sus "medidas."

—Creo no haber aumentado de volumen, dijo con inocencia Mondoñedo.

El infeliz no habia estrenado jamás una pieza de ropa.

Salín procedió á levantar el plano del individuo y le arregló trajes del mejor gusto y elegancia.

El estudiante pasó á rejuvenecerse á la peluquería.

Al verlo entrar madame Escabasse hizo un gesto, disgusto muy pronunciado.

Mondoñedo experimentó la tijera francesa y quedó hecho un dandy á vuelta de pocos días.

IV

El banquete estaba admirablemente servido.

—Cuéntanos, amigo Mondoñedo, decía Don Fernando: cuéntanos la historia de esa fortuna improvisada.

—Es muy sencilla, tenía un pariente en España que ha muerto sin sucesión, dejándome en el pleno goce de una gran fortuna.

—No hagas lo que los ricos improvisados; gasta hasta arruinarte, el dinero va y viene, es el reflujó de la fortuna.

—Así lo haré, señores, decía Mondoñedo entusiasmado, no sin encomendarse á todos los santos por que no se acabase la protección de la hermosísima Rosa.

—¿Y ya tienes novia?

—No, pero pienso buscar media docena por el tiempo que he estado vacante.

—A propósito de amoríos, ya habíamos olvidado el negocio de Isabel.

—¡Ah! dijo con indolencia Don Fernando, no había vuelto á recordarla.

—Pues ya la sacamos del poder de ese cafre de inválido, dijo Carlos.

—¡Psch! ¿y dónde le han colocado?

—En una magnífica habitación del hotel Iturbide.

—Les confieso con entera franqueza, que esa mujer me tiene fastidiado.

—Yo creía, dijo Luis, que te prestábamos un servicio con robarla para tus amores.

—Eres un imprudente, en estos momentos me hace un mal horrible, es necesario que vuelva á su casa.

—¿Y de qué manera?

—Volviendo.

—Piénsalo bien.

—Díganle que estoy fuera de la capital y que no volveré hasta dentro de un año.

—¿De quién se trata, señores?

—De Isabel, la hija del viejo estúpido Torre-Mellada.

—¡Voto al diablo! gritó Mondoñedo, esa muchacha es la pasión de Felipe Cuevas y va á morir de pesadumbre.

—Entonces, dijo Don Fernando, le daremos aviso al colegial y una libranza de cien duros para que cargue con la prenda.

—Eso es ya más pasadero, dijo Luis.

—En cuanto á nosotros, no la volveremos á ver.

—Es una muchacha original, dijo Don Fernando, la enamoré por broma en un bailecito de candil, y sólo con un recado abandona su casa.

—Pensaba casarse contigo.

—No hablemos más del negocio, arréglenlo como queda dicho.

Signieron los ponches y la champaña, destapado y bebiendo en honor del supuesto heredero, y al amanecer se separaron los concurrentes á la invitación, y Mondoñedo quedó bajo la mesa atarantado, por la falta de costumbre en el uso de los licores.

—Se conoce que es novicio en el arte, dijo Don Fernando, y salió riéndose del estudiante.

V

Despertoso Mondoñedo á las once del día, todo adolorido por haber dormido en las tablas del suelo.

Acicalóse lo mejor que pudo, y se fué en busca de sus antiguos compañeros, á quienes había abandonado sin darles cuenta de su singular aventura y cambio de suerte.

Felipe Cuevas ya estaba restablecido de la contusión causada por el viejo inválido, y González le hacía los honores de la enfermedad, ya en un estado de desnudez lamentable.

Luego que Mondoñedo se presentó en su antigua habitación, fué saludado seremoniosamente por sus concollegas, que al principio lo desconocieron.

Levántose Felipe como Lazaro, todo asustado de ver la metamorfosis de su camarada.

—¿Eres tu?

—¿Estoy soñando?

—No, queridos, dijo Mondoñedo tomando su antiguo carácter, soy yo el mismo de siempre, con algo más que es el dinero.

—Te ha caído la lotería?

—Punto menos: he heredado una gran fortuna. Han de saber que tenía un tío en España, á quien se le ha dado gana de morirse y conforme á las sabias leyes de la Península Ibérica, me ha hecho dueño de un inmenso capital.

—Luego estás en aptitud de prestarnos cuatro reales para desayunarnos?

—Mondoñedo sacó el portamoneda y de él una moneda de oro.

Felipe Cuevas y González se lanzaron como dos gavilanes sobre la onza.

—¡Alto ahí! es necesario que se reparta entre ambos.

—De todas maneras lo hubiéramos hecho, amigo, mío.

—Vamos, que el señor Mondoñedo es todo un Creso, dijo González quitándose lo que él llamaba sombrero.

—Traigo un negocio de mucho interés con Felipe.

—En qué puedo servir á S. E? se apresuró á contestar Cuevas.

—Vamos al grano.

—Vamos.

—Estás enamorado?

—Como un pichón amigo mío; pero has de saber que se han robado á mi novia.

—Ya lo sabía, y este negocio me trae punto menos que atarantado.

—¡Habla por Dios!

—Has de saber que la muchacha recibió un recado de tu parte para abandonar su casa; la chica se ha enamorado perdidamente de tí.

—¿Esas tenemos?.....pues mira, yo renuncio á ese amor de "quid pro quo."

—Los infames que tomaron tu nombre, han recibido de ella un desaire espantoso, no se atreverán á volverla á ver.

—Prosigue.

—Si tu quieres recuperar á tu novia, te proporcionaré fondos y cuanto necesites.

—Bien; necesito de pronto cien duros: me parece que una muchacha y cien pesos no son de desperdiciarse.

Mondoñedo sacó una libranza y la entregó al estudiante.

—¿No hay por esos mundos, dijo González otra chica robada que pueda yo "recuperar" de la misma manera?

—Puede que se ofrezca más adelante.

—Ya estoy en ascuas.

—Hablemos francamente; te juro bajo mi palabra de honor, y te digo en nombre de nuestra amistad, que esa muchacha aun no ha visto al hombre por quien cree haber sido robada.

—No te comprendo.

—Los aduladores del conde del Jaral sabían que tenía amores pasajeros con Isabel, y la han robado con un recado supuesto.

—¡Ya pareció aquello!

—Es necesario no engañar á los amigos.

—Siempre es bueno saber á que atenerse.

—Isabel está en Iturbide, y probablemente desesperada de no ver parecer al conde que ni aún la recuerda.

—Me presentaré como su salvador, hago un paso trágico, y cargo con ella, ¿no es esto?

—Precisamente.

¿Y cuando se acaben los dineros?

—Entonces mi bolsa estará siempre abierta para tí.

—Punto final, amigo mío.

—En cuanto á tí, querido González, cuenta desde hoy con mi protección.

—Siempre esperé de Mondoñedo una conducta tan..... tan.....

—Tan etcétera; nos veremos, y mañana pasaré á ver el resultado del negocio.

—Salióse Mondoñedo muy ufano de su comisión, y Felipe Cuevas, tomando su sombrero, se dirigió al hotel Iturbide repitiendo entre dientes.

—¡Cien duros y una muchacha!..... ¡cien duros y una muchacha!.....

CAPITULO VIII.

DE LA MANERA SENCILLA CON QUE VUELA UNA MUCHACHA Y CIEN PATACONES.

I.

El hotel Iturbide es uno de los mejores edificios de la Capital.

La antigua casa del Emperador cuyo nombre conserva, no ha perdido el aspecto de munificencia primitiva.

La puerta de fachada es bellísima, así como el primer patio, cercado por arcos elegantes.

El segundo piso conserva el mismo orden que el primero y sus estancias son magníficas.

En aquel palacio fué proclamado el General Iturbide Emperador de México.

En aquellos balcones se exhibió cien veces cuando el pueblo lo aclamaba como la primera piedra de la dinastía nacional.

Mas ¡ay! también de aquel regio edificio salió para no volver!

.....
El palacio imperial se ha transformado en hotel, conser-

vando la supremacía sobre los establecimientos de su género.

La preocupación que tiene el público acerca de los hoteles, no comprende al de Iturbide, donde reina el mejor orden y circunspección, á pesar del gran flujo de pasajeros.

En una de sus magníficas habitaciones permanecía la desgraciada hija de Torre-Mellada en la más completa desolación.

Había pasado la noche en vela esperando á Don Fernando, y ya comenzaba á alarmarse por su situación, cuando dos toquidos dados con reserva le anunciaron la llegada de algúda persona.

Levantóse la joven y abrió la puerta.

El estudiante Felipe Cuevas se encontró frente á frente con su novia.

— Pase usted, caballero.

— Señora y si le es permitido á un buen amigo de usted hablarle una palabra le suplico no me lo niegue.

Felipe Cuevas quedó ufano en su exordio.

— Pase usted, señor

— Felipe Cuevas, servidor de usted.

Entróse el estudiante y tomó el asiento que Isabel le indicó visiblemente inquieta.

Permanecieron un momento en silencio.

— Ya escucho caballero.

— Seré franco con usted.

— Sí, pero suplico á usted encarecidamente que sea pronto.

— Seré breve. ¿Usted es la hija del señor Don Fernando Torre-Mellada?

— ¿Eso es todo lo que tiene usted que decirme.

Continúo: el Conde del Jaral ha requerido á usted amores.

— Bien; adelante.

— Usted incautamente á caído en la red.

— No comprendo bien, caballero.

— Ya irá usted comprendiendo. Los amigos del Conde le han hecho á usted creer que necesitaba de un escándalo como el de un rapto para poder contraer un matrimonio, imposible de otra manera.

— Es cierto, señor Cuevas; yo que comprendía esa dificultad, no la he tenido para prestarme como usted á dicho, incautamente, á un plan que hoy veo irrealizable.

— Esa es la palabra, señorita.

— Espero que usted me explique el participio que ha tomado en este negocio, y el objeto de su visita.

— Usted notará señorita, que voy sobre ascuas, pero es necesario terminar este enojoso asunto. El conde no ha tenido participio en nada de lo que ha pasado; ha reprendido hecho

tan imprudente, y me envía á decir á usted que debe volver á la casa de su padre, á quien hará una franca explicación.

— ¡Esto es horroroso! exclamó Isabel; he sido víctima de una burla espantosa.

— ¡Sí; horrible! murmuró Cuevas.

— ¿Y ese hombre me propone semejante absurdo?

— Usted no sabe el cinismo de estos señores.

— ¡Estoy perdida!

— Señora, dijo el estudiante tomando un aire cómico, yo he amado á usted con vehemencia, he recibido un desengaño de usted y una paliza del señor su padre; sin embargo yo le ofrezco á usted desinteresadamente mi protección.

— Caballero, yo la acepto, no tengo otro remedio: estoy a borde de un abismo.

— No la dejaré á usted rodar por él, señorita.

— Salgamos de aquí, creo que este lugar me es fatal.

— Salgamos.

— No tengo con qué pagar.

— Yo tengo señora, para todo lo que usted necesite.

II.

Felipe Cuevas y la desgraciada Isabel dejaron el hotel Iturbide.

— ¿Donde llevaré á usted, señorita? decía el estudiante; yo vivo en un cuarto donde duermen tres de mis compañeros.

— Usted hará lo que guste, yo no tengo más apoyo que usted.

— Me ocurre una idea; mi amigo González tiene una hermana; si usted quiere pasar algunos días en su compañía.....

— Estoy en el caso de aceptarlo todo.

— Pues andando, dijo Felipe Cuevas; y se dirigió á la calle del Carmen, donde tenía una pequeña vivienda Santiago González el concoleaga.

Llamó á la puerta y apareció el estudiante.

— Querido, tu sabes ya la desgraciada historia de la señorita, y como su honra está comprometida, la pongo bajo la salvaguardia de tu hogar.

— ¡Loreto! gritó González, ya tienes antecedentes de lo que ha pasado; recibe á la señorita.

La hermana de González, que tenía una alma de ángel, acogió con cariño á la desventurada joven, que adolecía de una tristeza moral.

— La dejo á usted en la casa de un buen amigo, mientras vemos lo que Dios dice.

—Caballero, yo no tengo con qué pagar tanta solicitud.

—No hablemos más, dijo Cuevas, y llamando á Loreto, le entregó los cien pesos para los gastos de Isabel.

—En otras circunstancias rehusaría este dinero; pero hoy me veo obligado á pasar por esta humillación.

—Vamos, que son ustedes susceptibles.

González se lamía los bigotes de gusto al ver á la muchacha en su casa, y se disponía á emprender la conquista.

Cuevas salió á la calle, y con el aire libre comenzó á reflexionar que había hecho un pan como una hostias.

—Soy un bruto de profesión, esa muchacha me hubiera seguido al fin del mundo...tan buenos discursos que he pronunciado, y todo ¿para qué?.....para entregársela tal vez á mi concolega González, porque ese maldito es más enamorado que el diablo; al fin hubiera concluído por amarme, y sobre todo, ¿para cuando se hicieron los abusos?.....no, eso es inmoral; pero con todo y moralidad debía yo tener esa muchacha conmigo, yo he contraído cierta obligación con mi conciencia y no debía abandonar á Isabel.....estoy por volverme.....sucede otra desgracia.....no, yo soy una especie de tutor de esa niña, el muletazo es otro motivo más para interesarme.

Iba entregado al laberinto de sus ideas, cuando lo sacó de su absorción la alegre voz de Mondoñedo.

—¿Qué pasa, querido?

—Nada y mucho, dijo el estudiante.

—¿Ya está el pájaro en el nido?

—Yo sí soy un pájaro maltratado.

—Estás hoy con todo lo colegial en la cabeza.

—¡Esa es la palabra, "colegial."

—Estoy inquieto por saber tu aventura.

—Pues dala por sabida; llegué como César, ví y vencí.

—¡Bravo!

—No muy bravo, porque me amansé como un carnero y he llevado á la chica á una casa respetable en vez de..... vamos, hazme favor de confesar que hoy merezco más la paliza de ese viejo lagarto, que la pasada noche.

—Culpa tuya es nada más, yo te la entregué y tú has malversado la negociación.

—He aquí una mujer por quien recibo muletazos, desaires, engaños, y á quien tengo que servir como un lacayo.

—¿Y tu amor?

—Si vuelves á pronunciar esa palabra, reñimos seriamente.

—No veo el motivo.

—Hablar de amor á un hombre en mi circunstancias, es lo mismo que ponerle la cruz al diablo.

—Vamos, ten un momento de sentido común y podremos hablar.

—Yo no tengo más negocio que ahorcarme.

—Es de fácil arreglo.

—Estoy tan "arrancado" que aún no puedo ni suicidarme.

—Déjate caer de lo alto de la torre de Catedral.

—Si no tuviera que pagarse algo al campanero, ya hubiera llevado á su término ese pensamiento.

—Pues entonces déjate morir de hambre.

—Ya la suerte se ha encargado de ese negocio.

Felipe Cuevas tenía hidrofobia.

—Yo puedo calmar tus padecimientos, dijo seriamente Mondoñedo, si quieres dividir tu suerte con la mía.

—Hombre, no te estés burlando, porque cometo una barrabasada.

—Hablo con formalidad.

—Lárgate con mil diablos, no te burles de un desgraciado en son de tu riqueza.

—Tendré que reñirte sino dejas ese tono.

—¿En qué puedo servirte?

—No puedo decirte nada aquí.

—Llegaremos á tu alojamiento.

—Andando.

IV.

Los dos amigos se dirigieron al hotel Iturbide y entraron en el cuarto de Mondoñedo.

El estudiante cerró la puerta y dijo á su compañero con aquella ruda franqueza de un antiguo camarada:

—Felipe Cuevas, estoy envuelto en una trama espantosa.

—No te comprendo.

—Esta riqueza, este boato que me has visto desplegar de una manera tan repentina, es un misterio que acabará por volverme loco.

—Me dejas confuso, abismado.

—Comenzaré por decirte que lo de la herencia es una ruín mentira, que soy sólo un instrumento que debe obedecer ciegamente, sin preguntar, sin inquirir.....sin pensar.....

—Me parece un sueño cuanto estoy escuchando.

—Hay una mujer á quien amo apasionadamente, por quien cometería hasta un crimen; pero esta mujer no la percibo á pesar de estar á su lado; sus palabras son enigmas, sus mandatos son leyes, su voluntad el aliento del destino.

—¿Y bien?

—Yo la decía amores, ella me ha llamado, ha puesto á mi disposición su oro, sus riquezas que deben ser muy grandes, me ha hecho comprender la distancia que media entre los dos.

—No comprendo todavía.

—Felipe Cuevas, soy el instrumento de algo muy grave.

—Sí, el misterio es grande.

—La misión que me ha dado esa mujer, es la de "espía."

—¿Y la has aceptado?

—Sí, porque no ejerzo espionaje con persona determinada, soy el espía de la sociedad: hombres y mujeres le interesan á esa mujer, esta en los menores detalles, conoce á todo el mundo, las personas más insignificantes le son familiares y no es ajena á la política; acaso es su pasión dominante.

—¿Y puedes permanecer al lado de ese misterio?

—Sí, porque mi vida está pendiente de sus ojos.....si yo supiera que no la había de volver á ver, me pegaría un tiro! Sí, Felipe, no preveo el fin que tenga esta aventura, mi corazón me avisa que voy á ser muy desgraciado, sí, muy desgraciado!

Dos gruesas lágrimas asomaron á las pupilas del estudiante.

—No me atrevo, dijo Felipe, á aventurar una palabra, yo haría lo mismo que tú.

—Mi carrera, mi porvenir, todo está perdido, tengo un velo delante de la existencia!

—Es necesaria una reacción violenta, atrevida: huyamos, Mondoñedo.

—No, eso sería anticipar el destino.

—Entonces cierra los ojos y camina sin preguntar á donde vas.

Mondoñedo inclinó la cabeza sumergido en el mar inquieto de sus pensamientos.

—Es original pensaba Felipe, todo lo que acontece á mi amigo; yo ya hubiera.....no, no hubiera hecho nada, ya me tengo experimentado.....abandonar á Isabel y perder cien duros, vamos que es la estupidez más estúpida que he hecho en mi vida, y que ya cuento algunas en mi repertorio.

—Yo tengo á veces miedo, dijo Mondoñedo, me encuentro solo en una situación excepcional.

—Si necesitas de los oficios de un buen amigo, ya sabes, Mondoñedo, que siempre te he visto como á un hermano.

—Sí Felipe, es necesario que no te separes de mí, pues algo terrible debe sucederme.

—Al menos seremos dos.

—Sí, desde hoy seguiremos, como hace tantos años, nuestro destino.

Bien, Mondoñedo, yo velaré por tí.

—Y yo te confiaré cuanto me pase.
Los dos amigos se estrecharon con efusión.

V.

Dos toquidos dados á la puerta con intención, interrumpieron aquella fraternal escena.

—Veamos quien es, dijo Felipe Cuevas; pero su compañero le detuvo por el brazo violentamente.

—¿Qué pasa? preguntó Cuevas con extrañeza.

—Me llaman.

—Sí, pero veamos quien te llama.

—Es inútil repuso Mondoñedo.

—Felipe abrió la puerta.

El corredor estaba desierto.

—¡Demonio! en esto hay algo de brujería.

—Esa mujer tiene el talismán del oro.

—Entonces no hay remedio, es necesario estar alerta.

—Si revelas ese secreto me pierdes.

—Eso nunca! dijo Felipe, ya tienes una muestra en este asunto de Isabel, aunque es cierto que no tenía á quien contárselo sino á González y ya lo sabe, estoy arrepentido hasta los tuétanos.

—Me voy, nos veremos esta noche, te contaré lo que haya pasado; cuando esa mujer me llama es siempre para algo interesante. Adios, ahí te dejo dinero, deseo que no vuelvas á tener apuraciones ni compromisos.

—Gracias.

Mondoñedo salió precipitadamente de su alojamiento.

Después de un rato, Felipe bajaba las escaleras del hotel, mientras un individuo tomaba nota de sus señas y del tiempo que había permanecido en el cuarto de mondoñedo.

—Escabullirse la dama y volar los cien morlacos, he aquí una fatal combinación, pensaba el estudiante; peor sería que la muchacha se hubiera quedado y la libranza desaparecido..... estoy seguro de que ya Santiago González le plantó la primera declaración.

